





**EL ASESINATO  
DE LA CASA  
DE LOS LIBROS**

**Y OTROS  
MATARILES**



**EL ASESINATO  
DE LA CASA  
DE LOS LIBROS**

**Y OTROS  
MATARILES**

**MANUEL VISGLERIO ROMERO**

Primera edición, 2016

© Manuel Visglerio Romero, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-945341-7-1



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

[triskelediciones@triskelediciones.es](mailto:triskelediciones@triskelediciones.es)

[www.triskelediciones.es](http://www.triskelediciones.es)

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Para Lola, mi mujer, porque sin ella esta novela no habría sido posible.*





## INTROITO

Cayetano arrastra el puntero por la pantalla hacia el icono de inicio, pulsa ‘enter’ y cierra la sesión del ordenador del punto de venta de la tercera planta. Acciona una tecla de la caja registradora, recoge la recaudación y se encamina hacia el despacho. Se detiene en el rellano del ascensor, abre la tapa del cuadro eléctrico y empieza a accionar los interruptores al tiempo que se van apagando las luces de la sala. Justo cuando pasa por delante de la escalera escucha la maquinaria del ascensor que acaba de ponerse en marcha. Al mirar los indicadores luminosos se percata de que la cabina está subiendo. Retrocede hacia la puerta del elevador y espera para ver quién llega. «Será Víctor que habrá olvidado alguna cosa», se dice mentalmente.

La luz de la cabina, a través del cristal de la puerta, se proyecta, poco a poco, sobre el rellano hasta que suena una campanita y una voz femenina enlatada anuncia a los ocupantes su llegada a la tercera planta. Expectante mira cómo se ilumina la flecha vertical sobre el dintel de la puerta. La hoja se abre y muestra, a un sorprendido Cayetano, cómo salen del ascensor dos hombres, uno alto y otro achaparrado, a los que sin duda conoce:

—¡Hombre, qué sorpresa: Mortadelo y Filemón!

No le da tiempo a decir nada más, pues mientras está pronunciando con sarcasmo su saludo de bienvenida, uno de los ocupantes de la cabina, Mortadelo o quizás Filemón, se abalanza sobre él y le clava un cuchillo en el estómago.

Cayetano siente el desgarró mortal en su abdomen y antes de que consiga llevar sus manos a la herida para intentar mitigar el intenso dolor, Filemón o tal vez Mortadelo, vuelve a hundir nuevamente el acero en sus entrañas. Esta vez a la altura del hígado.

La segunda herida ha tenido un efecto fulminante, y Cayetano cae herido de muerte sobre la moqueta; el fajo de billetes enrollados con una gomita, que llevaba entre las manos, termina rodando a los pies de los asaltantes y uno de ellos, Mortadelo o tal vez Filemón, se agacha trabajosamente, recoge el botín, y agarrando al autor de las puñaladas por el brazo tira de él hacia el ascensor y huyen del escenario del crimen.

Mientras vuelve a sonar durante un corto minuto el ruido del elevador, Cayetano permanece inerte sobre la moqueta; está muy mal herido y siente cómo la vida se le escapa. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se arrastra hasta el teléfono que está apenas a cuatro pasos de distancia para intentar pedir auxilio. Cuando llega al mostrador del punto de venta procura incorporarse, pero no le es posible, ha perdido mucha sangre y apenas le quedan fuerzas. Vuelve a intentarlo, pero lo único que consigue es dejar marcada su mano ensangrentada sobre el frente del mostrador.

Cayetano sabe que va a morir; por eso, en un último y titánico esfuerzo, se arrastra a duras penas hacia la sección de literatura hispanoamericana, extiende la mano derecha e intenta

coger un libro de la estantería tenuemente iluminada por la luz de la luna que se proyecta en la sala a través de los balcones. Alarga el dedo índice hacia el título y cuando está a punto de alcanzarlo, un estertor final lo hace desplomarse y exhalar un último suspiro.

## LA PRENSA

Desde que a finales de julio saltó la noticia del asesinato de un hombre en la “Casa de los Libros”, en pleno centro de Sevilla, la comisaría de Abel Matutes fue un continuo hervidero de periodistas y cámaras de televisión. Los primeros días tras el crimen resultaron rutinarios; algún fotógrafo y los habituales reporteros de sucesos de los periódicos de la ciudad; “gente de la casa” como los llamaban en la comisaría. La cosa empezó a complicarse a partir del momento en el que trascendió el nombre de la víctima: Cayetano Rivera. El tal Cayetano era el gerente de la librería y no tenía más relación con el famoso diestro, ídolo del toreo y del glamur, que la coincidencia de sus nombres.

Cuando a través de las agencias llegó a las redacciones la noticia de la muerte de Cayetano Rivera en la “Casa de los Libros” de Sevilla, se produjo una explosión informativa sin precedentes. A las puertas de la librería se acercaron, como una marabunta, reporteros, cámaras y fotógrafos de todas las cadenas, emisoras y periódicos; llegaron a verse hasta corresponsales de televisiones extranjeras. Allí estuvieron hasta que los servicios funerarios retiraron el cadáver del que muchos suponían ser quien no era; momento en el que la marabunta informativa se dividió en dos enjambres: uno siguió al juez de guardia, al secretario y al forense hasta los juzgados, y el otro se

precipitó tras el comisario y su cohorte de agentes hasta las dependencias policiales. Al cabo de unas horas, el secreto del sumario decretado por el juez tuvo un efecto pernicioso para el comisario Matutes, pues indujo al reagrupamiento de los dos enjambres delante de la comisaría de la Gavidia, sede de su negociado.

El aparato informativo se mantuvo, con alguna merma, incluso después de confirmarse la verdadera personalidad del fallecido porque, como todo el que haya estudiado periodismo sabe, julio y agosto son meses malos para las redacciones y casi siempre hay sequía informativa. De hecho, cuando no sucede nada, sólo queda el recurso de informar sobre el aniversario de la muerte de Elvis Presley que se produce cada dieciséis de agosto y elucubrar sobre si sigue vivo en Argentina o en algún lugar apartado del estado de Tennessee.

Por la sequía informativa, y por no elucubrar, casi todos los medios decidieron mantener su despliegue hasta poder trasladar un desenlace del asesinato a sus alertadas audiencias. Había morbo y el morbo interesa y vende.

Aquella situación supuso para Matutes un desorden de su rutina diaria. A partir del bombazo informativo tuvo que aparcar el coche en el quinto carajo y, antes de entrar en la comisaría, se vio obligado cada día a sortear unidades móviles y motos de *paparazis* y, lo que peor llevaba, aguantar, cada mañana, una avalancha de cámaras y una multitud de micrófonos pidiendo noticias y detalles del asesinato.

- ¡Comisario! ¿Hay algún sospechoso?...
- ¿Se sabe como lo mataron?...
- ¿El móvil ha sido el robo?...
- ¿Ha sido la camorra siciliana?...

Matutes pensó, desde el primer momento, que el silencio sería su mejor arma para evitar el acoso de los medios, pero, a pesar de remitirlos al gabinete de prensa de la Jefatura Superior de Policía, siguieron cada día asediándolo a preguntas. Las escuetas notas de la Jefatura no saciaron la voracidad de tanto intrépido reportero ni coadyuvaron a calmar los mosqueos matutinos del comisario Matutes; aunque en el caso de Matutes eso de coadyuvar no fuese comprensible y sí lo fuera ayudar o lograr.

Pasaron las horas y los días y la prensa siguió sin tener noticias sobre el avance de las pesquisas policiales, entre otras razones porque no las hubo; y como ya se sabe, al menos el que sepa algo de periodismo lo sabe, que el rumor es la antesala de la noticia, la falta de noticias dio pie a que muchos plumillas empezaran a dar pábulo a cualquier rumor.

La prensa sensacionalista, ante la falta de información, empezó a hacer cavilaciones y a tomar testimonio a cualquiera que se acercara a la comisaría o se aproximara a curiosear ante las puertas de la “Casa de los Libros”, donde siempre se mantuvo un retén informativo. Por eso, no fue extraño ver en televisión, en horas de máxima audiencia, entrevistas en plena calle a los personajes más variopintos, incluso cuando ya se supo que el asesinado jamás vistió un traje de luces, durmió una siesta junto a una miss España o fue modelo de Armani.

En un *reality* matinal entrevistaron al cuponero de la esquina de la “Casa de los Libros”, que aseguraba haber visto entrar en la librería a un hombre cubierto con un pasamontaña, armado con un AK-47 de fabricación soviética, y que dicho individuo descerrajó un cargador de balas, a pesar de que nadie oyera ningún disparo.

En un telediario conectaron en directo para entrevistar a una vecina que, dándose golpes en el pecho, afirmaba ser amiga de la familia del finado y juraba y perjuraba haber visto desde su balcón, a medianoche, mientras regaba los geranios, cómo salía corriendo de la librería una mujer rubia platino con la trilogía de las “Cincuenta sombras de Grey” entre las manos. Llevaba puestos, según la maruja, «unos ‘leguin’ negros, o como se llamen, un ‘maillós’ negro a juego con los ‘leguin’ y unas alpargatas negras de nazareno».

Ante el desmadre informativo, la tarde del quinto día desde que ocurriera el asesinato, el Delegado del Gobierno decidió tomar cartas en el asunto y conminó al jefe superior de Policía para que convocara en la Delegación, sin dilación, pero con cautela, al comisario de la Gavidía. Había que poner fin a aquel esperpento.

## MATUTES

Matutes no había hablado nunca con ningún delegado del gobierno, así que la llamada del jefe superior lo puso un poquito temblón. No le impresionaba la citación, pero desde la llamada tenía la mosca detrás de la oreja. Hay que aclarar que, aunque el comisario se llame igual que el que fuera ministro de Asuntos Exteriores, no guarda ningún parentesco con ese señor, ni con ningún otro ministro o cargo político, salvo con su hermano Celedonio que es concejal en su pueblo.

Quien sí se puso atacada de los nervios, cuando supo del reclamo a su marido, fue Maruja, la “comisaria”, que era como llamaban por la espalda a la mujer de Matutes; una mujerona doble, como su marido, de estatura media como el comisario, pero con un encanto especial al que su cara redonda, su nariz respingona y unos alegres ojos verdes, ayudaban a cautivar a todos los que trataban con ella, por no hablar de su verborrea y su nerviosismo congénito.

—¡Maruja, me tienes que sacar el uniforme de gala para lo del delegado! —dijo en voz alta el comisario a su mujer, que estaba en ese momento en la cocina.

—¡Ay! Cuqui y... ¿qué querrá ese hombre contigo? —le preguntó a su marido mientras regresaba de la cocina con un flan en una mano y una cucharilla en la otra.



—¡No lo sé, Maruja! —respondió Matutes sin querer dar importancia al asunto mientras se extasiaba mirando temblar el flan de huevo que la “comisaria” estaba a punto de servirle.

—¡Mira que si te asciende...! Pero si te asciende te trasladan y como te trasladan... ¿qué hago yo sin mi gente?, ¿qué hago yo sin mi frutera, sin mi Paco el carnicero, sin mi Merchi la peluquera? —Mientras ella seguía con sus cavilaciones, el comisario sólo estaba para lo que estaba, que era su flan—. Pues tú lo que tienes que decirle al delegado es que renuncias al ascenso; o mejor, que no renuncias al ascenso pero que te tienes que quedar en Sevilla. Tú le dices que, a estas alturas, ¿adónde vas tú? Le dices que te quedan cuatro años para jubilarte, y... ¿que “paqué”? Que para cobrar cuatro duros más de jubilación no merece la pena meterse en el lío de ir a otro sitio y trasladar una casa entera... ¡Uy, uy, uy!... ¡Trasladar una casa entera..., mira, mira, mira Cuqui, se me están poniendo los pelos de punta nada más que de pensarlo! Que no, que no, que no que no, que tú le dices a ese señor que no, que...

—¡Maruja, para el carro que te embalas! —dijo el marido regresando del deleite de su flan—. Seguramente será para hablar del muerto de la librería.

—¡Ay, verdad! ¡Pobre muchacho! —se lamentó Maruja—. A ver se pilláis ya al malo, ¡que esa familia descanse! Y esos muchachos de los periódicos que están en la puerta también; que hay que ver el trabajito de estar persiguiéndote a todos los sitios que vas.

—¿Trabajiiiiito? —replicó Matutes tensando súbitamente el cuerpo como si Maruja hubiese pulsado en su espalda un resorte— ¡Trabajito el mío que tengo que estar aguantando a esta gente hasta en la puerta de mi casa!

—¿Y no se sabe nada de quién ha podido matarlo?

—¿Tú te crees que si supiéramos algo iban a estar esos ahí a estas horas de la noche? El problema es que Vargas no está y es el único capaz de saber lo que ha pasado —dijo Matutes con un gesto de impotencia.

—¿Pero no hay ninguna pista? ¿Ninguna huella? —preguntó Maruja extrañada.

—Sí. Hay pistas, pero no llevan a nada. Lo único que sabemos es que a ese pobre hombre le pegaron dos puñaladas y el problema es que la gente quiere que resolvamos el caso en dos días como si esto fuera echar a freír un huevo.

—¡Pues tú le dices al delegado ese que no te meta bulla!

—¡Eso es fácil decirlo! —respondió resignado el comisario.

—Bueno, voy a sacar la guerrera para ver cómo está que la última vez que te la pusiste me acuerdo que tenía un botón suelto. Y vamos a ver si te cabe porque con tanta cervecita y con... ¡tantooooos flaaaanes...! —dijo Maruja mientras le daba a su marido unas palmaditas cariñosas en la barriga.

El comisario prefirió callar ante la provocación de su esposa porque sabía que tenía todas las de perder si discutía con ella sobre su dieta, y sabía, además, que la derrota en esa lid tenía una consecuencia desoladora: un frigorífico abstemio y plagado de verduras.

## EL DELEGADO

La mañana de agosto amaneció fresca; era una buena noticia para el comisario porque así podría soportar, sin sudar más de la cuenta, el uniforme de gala y la corbata. Se había levantado con ánimos porque después de varios días pudo dormir algunas horas. Cuando entró en el baño y se miró en el espejo se dijo a sí mismo que cuando dormía bien amanecía más guapo y su parecido con Clark Gable se acentuaba. Eso se lo había dicho Maruja una vez, recién casados, y desde entonces, casi todas las mañanas, lo rememora con nostalgia; y aunque era cierto que siendo joven se daba un aire al actor de cine, si algo quedaba de aquel parecido eran las orejas grandes y un fino bigote en forma de uve.

Se duchó; acabó de acicalarse y regresó al dormitorio. Cuando entró en la habitación, antes de vestirse, lo primero que hizo fue ponerse la guerrera del uniforme que estaba colgada en el galán de noche. Después cruzó los dedos y procuró abotonarla sin éxito. Lo intentó de nuevo, pero fue imposible. Maruja acababa de salirse con la suya, como siempre; la panza no había menguado durante la noche como él había vaticinado. Sólo restaba la humillación de ponerse la faja que Maruja, sabiamente, dejó sobre el galán.

Los ánimos del despertar de Matutes se habían disipado repentinamente por culpa de su opulenta barriga y si restaba

algún ánimo, terminó de esfumarse nada más salir a la calle y darse de bruces con la prensa. Eran las siete y media de la mañana y un día más, mientras se dirigía a su coche, comenzó la misma cantinela:

—¡Comisario! ¿Tienen ya algún sospechoso?...

—¿Es verdad que han robado un incunable del Quijote?...

—¿Han encontrado el arma del crimen?...

Matutes, como pudo, sorteó a los reporteros; consiguió entrar en su vehículo, cerrar la puerta y, de esa manera, acabar con el interrogatorio matinal.

El recorrido hasta la Torre Norte de la Plaza de España, donde está la Delegación del Gobierno, duró más tiempo de lo normal porque Matutes tuvo que intentar despistar, sin éxito, a un pelotón de *paparazzis* en motocicleta. Cuando se bajó del coche, a las puertas de la delegación, el comisario tenía la cara morada y presentaba claros signos de asfixia que fueron desapareciendo cuando consiguió erguir el cuerpo. Por fin, la faja de Maruja dejó de aprisionarle el diafragma y los pulmones del comisario lograron llenarse de aire.

Con el resuello restablecido, el porte gallardo, la guerrera abotonada y la gorra de plato encasquetada, subió las escaleras de la Torre Norte y saludó militarmente a los guardias que custodiaban la entrada de la Delegación del Gobierno. Al entrar lo estaba esperando un ordenanza que, con un gesto apremiante, le marcó el camino hasta el despacho gubernativo.

—¡Comisario Matutes, esto se tiene que acabar! —fue el saludo que, con voz de cabo de cuartel, dedicó el delegado del Gobierno a Matutes nada más verlo aparecer por la puerta del despacho; un salón enorme que llamó la atención del comisario porque era mayor que su piso, terraza incluida—. Me llamaron

ayer del Ministerio del Interior y me han exigido que resolvamos el caso de la “Casa de los Libros” de forma inmediata.

El Excelentísimo Señor Delegado del Gobierno de España en Andalucía, que era como le gustaba a Manuel Escobar que lo llamaran, estaba sentado en el centro del despacho en el sillón de un enorme tresillo repujado de estilo isabelino. Cabe decir que, aunque el delegado se llama igual que un conocido cantante desgraciadamente desaparecido, el señor Escobar nunca ha tenido un carro y, por lo tanto, nunca se lo robaron.

En el sofá, junto al sillón del delegado, se acomodaba hierático y apocado el jefe superior de Policía, José Feliciano, al que sin duda el delegado acababa de dar un buen rapapolvo. Del jefe superior sólo cabría decir que el delegado del gobierno es su cruz y su castigo.

A Manolete Escobar, como lo llamaban en el partido, sólo le faltaba una banda y un sombrero con plumas para parecerse al Conde-duque de Olivares, según estaba encajonado su orondo cuerpo en el sillón dorado; porque de Escobar hay que decir que es propenso a los chuletones, a las frituras de pescado y al cuchareo con telera y que a duras penas mantiene la papada bajo control haciendo media horita de *running* las tardes que la agenda se lo permite, que son prácticamente ninguna.

—Matutes, ¿quién lleva el caso? ¿Vargas Llosa? —preguntó el jefe superior de Policía con voz insegura y un poco acobardada.

—¡Vargas está de vacaciones! La investigación la lleva el subinspector Romero —contestó el comisario con un gesto de resignación.

—¿Y cómo puede usted prescindir del mejor inspector que tenemos en Sevilla, Matutes? —preguntó el jefe superior elevando gradualmente la voz y aplicando al comisario la misma terapia que, sin duda, acababa de administrarle el delegado.

—¡La gente tiene derecho a sus vacaciones! —respondió el comisario a medio camino entre una sentencia y una interrogación.

—¡Vargas Llosa! —exclamó sorprendido el delegado—. Ese inspector tiene los mismos apellidos que el escritor de “Cien años de soledad”.

—No sólo los apellidos —aclaró desconcertado Matutes por los pésimos conocimientos literarios de su excelencia—. También tiene el mismo nombre: Mario —puntualizó el comisario.

—¿Y se tocan algo? —preguntó perplejo el delegado del Gobierno.

—¡Que yo sepa ni un pelo! —dijo Matutes, que esbozó una sonrisa por el juego de palabras que le había salido.

—¡Bien! Pues llame a Mario Vargas Llosa inmediatamente —interrumpió el delegado con autoridad—. ¡Y que se ponga a trabajar en el caso mañana mismo! —ordenó con la misma voz cuartelera con que lo había recibido.

—¡A sus órdenes! —respondió cuadrándose el comisario.

—¡Ah! Y algo muy importante. ¡Sea amable con la prensa, Matutes...! Me dicen que se comporta usted con ellos como un libro cerrado y, ¡eso no conviene! —sugirió el delegado, ahora en un tono conciliador; las elecciones estaban cerca y Escobar sabía que su futuro político, probablemente, estaba en manos

de aquel simple comisario—. ¡Y recuerde Abraham que confiamos plenamente en usted!

—¡Abraham no, don Manuel! ¡Abel..., Abel! — salió inmediatamente al quite el jefe de Policía.

—¡Eso..., eso! ¡Abel, como el de la Biblia! —intentó arreglar el patinazo el conde-duque, pero acabó de complicar la cuestión con otra ocurrencia—. El que mató a su hermano..., ¿no?

—No, don Manuel, el que mató a su hermano fue Caín — volvió a intentar arreglar la situación el jefe superior, cada vez más avergonzado.

—¡Es verdad, Feliciano! El primer crimen de la historia. Y en crímenes es un experto nuestro amigo el comisario Matutes. ¡Lo lleva en la sangre! —dijo dirigiéndose al jefe que, sorprendido, negó con la cabeza—. ¡Perdón, lo lleva en los genes! —intentó rectificar Escobar, pero ante la mirada alarmada del jefe hizo una nueva tentativa— ¡Perdón, perdón, lo lleva en el... nombre! —y como la mirada del subordinado cada vez mostraba un mayor asombro, el delegado acabó pasando el brazo sobre los hombros del comisario y lo acompañó hasta la salida zanjando el asunto de forma campechana.

—¡Bueno, Matutes, usted es un hombre inteligente y sabe perfectamente lo que yo quiero decir! —exclamó Escobar dirigiendo a Matutes hacia la salida—. Antes de que se vaya sólo me queda pedirle una cosa: ¡Detenga al asesino! ¡No nos falle!

Y cuando ya el comisario se encaminaba hacia el vestíbulo, el delegado se paró bajo el marco de la puerta de su despacho, se subió los pantalones por encima del ombligo dejando al

descubierto los tobillos desnudos y unos impecables castellanos, y le dijo a Matutes, desde lejos, en voz alta y con un tono trascendental mientras mostraba el cinturón con la bandera española:

—¡Recuerde, Matutes, que Sevilla y España están pendientes de usted!



## LA COMISARÍA

El inspector Vargas, que venía ataviado con su cubanita blanca de algodón bordado, su pantalón de lino y sus sandalias de franciscano, sorteó como pudo los trípodes de las cámaras, las maletas, las mochilas y las escaleras de mano que ocupaban la entrada de la comisaría. Recorrió la explanada exterior que separaba el edificio de la calle y comenzó a subir la escalinata de quince peldaños que daba acceso al porche cubierto de la comisaría; tuvo que ascenderla esquivando reporteros y fotógrafos que a empujones luchaban por un trozo de la sombra que proyectaba la marquesina del porche.

Al llegar al desembarco se encontró con Zamudio que era el agente de guardia encargado de controlar la marea periodística. Vargas se detuvo, se quitó las gafas de sol Ray Ban Wayfarer que habían sido del Presidente Kennedy y que le compró a un moro por un precio de risa, y preguntó al subordinado:

—Zamudio, ¿ha llegado el comisario? —al tiempo que, tieso como un varal, giró el cuerpo hacia la izquierda y dejó de mirarlo.

Esa costumbre de Vargas de hablar con el torso girado tenía una explicación que nadie conocía en la comisaría y que dio pie a muchas especulaciones. Unos pensaban que lo hacía por un problema en la columna, otros por culpa de una escoliosis de cadera y otros atribuían la pose a simple chulería; pero la

verdadera razón es que el inspector Vargas está casi sordo del oído izquierdo desde que tuvo unas calenturas, poco después de hacer la primera comunión.

—Sí, inspector. Debe estar en su despacho —respondió Zamudio intrigado por saber qué miraba el comisario.

El agente comprobó que Vargas miraba en dirección a un reloj-termómetro callejero que marcaba las 17:46 y, cuando saltaron los dígitos y pasó a marcar 50 grados, Zamudio exclamó:

—¡Inspector, aquí hace más ‘caló’ que en el cumpleaños de Cleopatra!

—¿Cleopatra? —preguntó Vargas desconcertado.

—¡Sí, la de Egipto, la del desierto, la de las pirámides..., la novia de Marco Antonio! —respondió Zamudio completando la frase con una carcajada que tuvo que reprimir porque el inspector no movió ni un solo músculo de la cara—. «¡Será ‘mu’ listo, pero tiene más malaje que un perro sin cola!» —se dijo asimismo el policía mientras Vargas le daba la espalda y se dirigía en silencio hacia la puerta de entrada.

El inspector recorrió el largo pasillo, flanqueado por mamparas acristaladas, que separaba el vestíbulo de entrada de la comisaría del despacho de Matutes. A medida que se iba acercando al despacho, y saludaba al personal que estaba tras los cristales, el sonido de un ventilador se fue haciendo cada vez más reconocible. Al atravesar el marco de la puerta, abierta de par en par, Vargas se encontró al comisario sentado en su mesa con el nudo de la corbata deshecho, el cuello de la camisa desabrochado, un pañuelo en una mano y el teléfono en la otra, mirando fijamente hacia las aspas de un ventilador de pie que traqueteaban en cada giro.

—¡Vamos a ver! ¿Cuándo piensan ustedes venir a reparar el aire acondicionado? —preguntaba el comisario, en ese momento, visiblemente molesto.

A una señal del inspector, Matutes se dio cuenta de su presencia y con un gesto de la mano que sostenía el pañuelo, lo invitó a sentarse.

—¡Pero eso ya me lo dijeron ustedes esta mañana! —respondió al interlocutor con impotencia.

Miró a Vargas y le guiñó un ojo, en señal de complicidad, ante lo que iba a decir al frigorista, que es la persona que tiene por oficio cuidar y mantener las instalaciones de producción de frío, o al jefe del susodicho frigorista que era quien respondía al otro lado de la línea.

—Como mañana a primera hora no estén aquí, ¡les mando a los GEOS! —dijo esbozando una sonrisa—. ¡Vale, hasta mañana!

Matutes colgó el teléfono, se arrellanó en el sillón y girándose hacia el inspector, que se había puesto de lado presentando el oído derecho, le dijo:

—¡Vargas, el mundo es un saco de cuernos y cada uno sale por donde puede! Una semana llevo esperando para que arreglen esta mierda de aire acondicionado y este tío no para de darme capotazos como si yo fuera un miura.

Vargas, al igual que ocurriera con Zamudio, no se inmutó con los chascarrillos de su jefe; y no era porque estuviese cabreado con Matutes por obligarle a suspender las vacaciones, era porque el inspector, simplemente, es un tipo serio. Pero serio en el más amplio sentido de la seriedad.

Vargas es serio de carácter y serio de semblante. Su porte recuerda al de Harry el “Sucio”; como Harry Callahan, es alto,

enjuto, elegante, aunque su rostro está a medio camino entre el de Clint Eastwood y el de Pedro Delgado. De Clint Eastwood, a Vargas no le gusta casi nada; es más, no soporta la violencia de sus películas ni las mariconadas como “Los puentes de Madison”. En cambio, con Perico Delgado comparte la afición por el ciclismo, aunque lo que practica Vargas realmente, cada verano, es ver por televisión el Tour de Francia sentado en su sillón orejero.

El inspector Vargas no tiene rasgos muy pronunciados; tiene la frente amplia como anunciando una calvicie que ya no va a llegar porque acaba de cumplir cincuenta años y está en la edad dorada para un hombre. La nariz no es grande pero sí afilada y un poco aguileña; tiene los pómulos angulosos y la barbilla carnosa. De todas sus facciones, la más característica, la que marca su personalidad, son unas cejas pobladas y habitualmente fruncidas, como si el sol le molestará en los ojos, que le hacen parecer, casi siempre, malhumorado.

—¡Vargas, perdone que le haya jodido las vacaciones! —continuó el comisario después de comprobar que el inspector pasaba olímpicamente por encima de sus chistes, de su ventilador y de su aire acondicionado—. Pero esta mañana me ha citado el jefe superior en la Delegación del Gobierno y el propio delegado me ha obligado a llamarle. Quiere que se haga usted cargo del crimen de la “Casa de los Libros”; ya ha visto lo que hay formado en la entrada.

—¡No se preocupe por las vacaciones, comisario! ¡El deber está antes que el placer! —sentenció el inspector.

—¡Tampoco hay que pasarse, Vargas, que al muerto ese usted no lo va a resucitar! —respondió Matutes quitándole hierro al asunto—. El problema es que las elecciones están a la

vuelta de la esquina, estamos en agosto, y los buitres de ahí afuera no tienen carnaza para contar.

—¡Sí, jefe, pero un asesino anda suelto! —contraatacó el inspector.

—¡Sí, Vargas, y lo vamos a pillar! —aseguró el comisario—. A las seis y media tengo citados a Romero y a Gómez, el jefe de la científica, para que lo pongan al tanto del caso y después, a las ocho, tengo que dar una rueda de prensa en el salón de actos y quiero que usted me acompañe como inspector jefe. ¿De acuerdo?

—¡Depende! —contestó Vargas algo contrariado—. No es bueno que un investigador salga en los medios, eso es cosa del portavoz de la policía.

—¡No se preocupe! Si va a ser un cuarto de hora... —dijo el comisario quitando importancia al asunto.

—Lo que usted diga, comisario —dijo el inspector resignado.

